

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

ARISTÓTELES: *Política*. Edición bilingüe y traducción por Julián Marías y María Araujo. Introducción y notas de Julián Marías. Colección *Clásicos Políticos* del Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1951 (281 págs.).

En la página XIV de su *Introducción*, se pregunta Marías: “¿Qué significaba, en Atenas y en la segunda mitad del siglo IV, escribir una ‘Política’?”

Parafraseando el interrogante, podemos tomar como punto de partida de nuestro trabajo este otro: “¿Qué significa, en el mundo occidental y en la segunda mitad del siglo XX, publicar esa *Política* en texto bilingüe?”

Sobre el texto mismo de la *Política* es mucho lo que se ha escrito y comentado hasta el extremo de que ya se ha hecho casi imposible un comentario que aporte alguna novedad al respecto. Sus ocho libros han sido fijados y ordenados con minuciosidad técnica, histórica y filológica; y su traducción y exégesis han alcanzado un cierto grado de permanencia por encima de la diversidad ocasional de matices interpretativos. En la edición que nos ocupa, Marías ha seguido la ordenación de Newman, que se aparta de la tradicional en los libros IV a VIII (respectiva y sucesivamente VII, VIII, IV, V y VI en la tradicional), revisando con su acostumbrada agudeza y agilidad críticas las eruditas opiniones de Ross y Jaeger sobre este problema. Completan la publicación, de cuidadosa traducción, un capítulo que contiene útiles “indicaciones bibliográficas”, un Esquema del contenido de la *Política*, un “Índice de nombres propios” y el conjunto de esclarecedoras y concisas “Notas” a propósito del texto.

Pero por otra parte, las razones decisivas que da Marías para preferir este orden, expuestas densamente a lo largo de su Introducción, entrañan la posibilidad de intentar una exégesis más novedosa y profunda del texto. En efecto: discípulo de Ortega, Marías es, como su maestro, un filósofo de la circunstancia. Como quiera que el hombre y su producto, la cultura, son históricos, sólo se hace posible acceder a la interpretación de uno y otra a partir de la circunstancia histórica que ha formado su contorno vital propio; y dentro de este marco general, que, en el caso, esclarece el sentido del conjunto de la obra aristotélica, se hace posible agudizar el enfoque mostrando la conexión sistemática de cada obra de Aristóteles con todas las demás. A partir de esta doble consideración metódica, Marías llega a mostrar una génesis triple de la *Política*: la realidad histórica sobre la que se erige, a saber el problema concreto de la *polis* —problema porque en esta época se pierde definitivamente aquella vieja estructura que Platón intentaba salvar todavía en su propia *Politeia*—, y que Aristóteles analiza con preocupación científica de detalle en el segundo libro, sobre la base del material de las 158 constituciones coleccionadas; la concepción filosófica que le sirve de fundamento, a saber la conexión de la *Política* con la *Ética* y de ésta con la *Metafísica*, conexión que no siempre ha sido vista con claridad o que si lo ha sido ha servido más para criticarla que para asumirla con corrección no obstante ser esto indispensable para comprenderla; y por último, el propósito central a que apunta, que no es, como lo fué para Platón, la sistematización de una utopía irrealizable, por mucho que fuera la mejor, sino la sistematización de la garantía, de la realidad efectiva de la *polis* y de la *seguridad* o *persistencia* del régimen político más aceptable —no el mejor en absoluto— “para los que están en condiciones de vivir lo más conforme posible a sus deseos” (II, 1260 b, 28-29). En definitiva: el mejor régimen *según las circunstancias*; problemas todos éstos que Aristóteles aborda en los libros IV (la felicidad y el régimen ideal), V (la educación de los jóvenes), VI (realización de los diversos regímenes), VII (inestabilidad de los regímenes) y VIII (democracias y oligarquías, su organización y seguridad).

A través de esta presentación de la *Política* se hacen visibles dos cosas importantes. La primera es que Aristóteles no ha podido ni ha querido prescindir, en esta obra, de la circunstancia histórica en que fué escrita. La segunda es que Marías, sobre esta base, declara con total corrección la necesidad de asumir esa circunstancia para acceder a una mejor comprensión de la obra.

Pero queda en pie un posible interrogante decisivo. Marías —y nosotros— vivimos en circunstancias históricas en absoluto inequívocas a las que se dieron en Grecia en el siglo IV a. C. ¿Cómo explicar, sobre esta base, la enorme, la palpitante *actualidad* de la *Política*? Esta actualidad se confirma plenamente en los siguientes párrafos:

“Es evidente, por tanto, que no basta con que el legislador iguale la propiedad, sino que debe proponerse como meta un término medio. Pero además, aun cuando se estableciera para todos una propiedad moderada, no se ganaría nada con ello, porque es más necesario igualar las ambiciones que la propiedad, y eso no es posible sino gracias a una educación suficiente por medio de las leyes” (1266 b, 6-31).

“Respecto a que se debe honrar de alguna manera a los que descubren algo útil para la ciudad, no carece de riesgos el decretarlo, aunque suena bien al oído” (1268 b, 22-24).

“Pero aparte de estas razones, tampoco es mejor dejar invariables las leyes escritas, porque lo mismo que en las demás artes, es también imposible en política escribir exactamente todo lo referente a su ordenación, ya que forzosamente las normas escritas serán generales y en la práctica no se dan más que casos singulares” (1269 a, 8-12).

“Antiguamente, cuando el demagogo era a la vez general, la democracia se transformaba en tiranía. Y en efecto, la mayoría de los antiguos tiranos fueron antes demagogos; la causa de que esto ocurriera antes y ahora no, es que entonces los demagogos solían ser generales, pues aún no eran hábiles en hablar; mientras que ahora, con el desarrollo de la retórica, los que saben hablar dirigen al pueblo, pero por su inexperiencia en las cosas de la guerra no se imponen, salvo alguna posible excepción sin importancia.” (1305 a, 7-15).

Todas éstas son palabras que cualquier tratadista político de nuestros días suscribiría sin vacilar; y sin embargo son viejas de veinticuatro siglos.

Lo curioso es que lo mismo que permite a Aristóteles esta profundidad y exactitud de pensamiento —su respeto a su circunstancia histórica— es lo que hace posible verificar la aplicación, en gran parte, de ese pensamiento a la nuestra, que es totalmente diferente. Lo primero no suele implicar lo segundo; salvo, según parece, el caso de los productos culturales del genio, como en este caso, en los cuales ambas instancias concurren hasta coincidir. Pero en todo caso cuando esta coincidencia se da efectivamente, los productos culturales alcanzan un grado de vigencia histórica considerable y permanente por encima de las circunstancias concretas. En este primer sentido, se comprende prácticamente de suyo la significación de la publicación de la *Política* en nuestros días, en la medida en que de ella se desprende una enseñanza siempre aprovechable y con proyección universal.



Pero si bien el hecho de que un autor haya sido fiel a la circunstancia histórica de su obra no es suficiente garantía de esta proyección universal sino cuando ambas cosas concurren, resulta obvio que el camino para comprobar lo segundo es penetrar lo más cabalmente posible en el pensamiento originario que ha hecho posible lo primero. Y en esta tarea es necesario hacerse cargo de dos supuestos metódicos fundamentales: uno, que aquella circunstancia estuvo formada de manera decisiva por el lenguaje original del autor; otro, que la obra ocupa algún lugar, y por alguna razón, en el conjunto de su producción. Al primero obedece la impresión bilingüe del texto; al segundo, la sugestiva introducción de Marías. ¿Cómo, en efecto, puede ser posible comprender la intención originaria de un autor a través de una traducción mera y simple, por más fiel que ésta sea, habida cuenta de que, especialmente en el caso del griego,

la traducción filológicamente fiel deforma el pensamiento original por el lastre significativo acumulado a través de los siglos en las palabras del idioma al cual se lo vierte? ¿Y cómo, por otra parte, sobre la base de las falsas asociaciones que así inevitablemente se obtienen, puede ser posible desentrañar el papel de una obra dada y su ubicación sistemática con el resto? Como se ve, ambos supuestos metódicos se reclaman y se complementan.

Y todo esto no es caprichoso, como lo prueban acabadamente las múltiples "versiones" de la *Política* en circulación, en las que, a través de notas marginales supuestamente "críticas" se cuestiona, por ejemplo, la vinculación esencial en que están para Aristóteles la *ética* y la *política*, en el sentido de ser ésta la culminación natural de aquélla, o la primera una simple introducción a la segunda. Semejante observación se articula, precisamente, sobre la base de no haberse hecho cargo con corrección de lo que *originariamente, en griego*, significan dos conceptos tan capitales como *ethos* y *polis*, es decir, sobre la base mínima de pensar simplemente el concepto *política* con el sentido moderno de la palabra, o el concepto *ética* con el sentido absoluto que a lo largo de veinte siglos ha terminado por consolidar la concepción cristiana del problema en Occidente.

Occidente: éste es, precisamente, nuestro problema central. Pero es un problema que no nace como resultado de la técnica creciente de las comunicaciones ni como consecuencia de la también creciente universalización del mundo para el hombre: es un problema que nace y crece desde sus albores precisamente en Grecia; allí está su verdadera raíz. Y bien, Occidente es nuestro problema central, porque es nuestro problema radical que hay que resolver de una manera radical. Hoy, precisamente, cuando la técnica parece amenazar con resolver el problema suprimiéndolo, esta edición de la *Política* aparece como una invitación a la meditación, al sosiego, para resolverlo asumiéndolo con la mayor corrección posible. Casi se la ve como un llamado al sentido común, a la capacidad de reflexión, como una invitación a rehacer el lento y progresivo camino aristotélico en busca de la *seguridad* de los regímenes; y la crisis de Occidente es, ni más ni menos, en lo fundamental, una crisis

de seguridad. En este sentido, la actualidad universal de la *Política* nunca se ha concretado y legitimado más que en nuestra época.

ÁNGEL JORGE CASARES.

Digenes Akrites, edited with an introduction, translation and commentary by John Mavrogordato. Oxford, Clarendon Press, 1956, 272 págs.

Pese a tratarse de un asunto que los investigadores especializados ya han considerado en repetidas ocasiones, la contribución bizantina al desarrollo de la épica sólo recientemente ha comenzado a difundirse y a trascender más allá de la especialidad, introduciéndose en el campo más amplio de las indagaciones de literatura comparada que han estudiado su ubicación en el desenvolvimiento de las epopeyas europeas y su repercusión en las letras eslavas. El representante por antonomasia del género, debidamente examinado en los panoramas de la cultura y de la historia bizantinas —por ejemplo, en Bréhier y en Vasiliev—, es el *Digenes Akrites*, poema que perdurara ignorado hasta fecha reciente y que a partir de su descubrimiento ha suscitado un interés cada vez mayor, a medida que se ha ido estableciendo mediante conocimientos más sólidos su importancia intrínseca, su irradiación en la Europa oriental y su posible cotejo con composiciones afines de otras comarcas del Viejo Mundo que afrontaron circunstancias similares a las que viviera Bizancio en sus fronteras. Al respecto, es inevitable el paralelismo con el *Poema del Cid*, obra que refleja una situación histórica parecida a la de Bizancio, como país cristiano cuyo territorio lindaba con el mundo árabe y vivía en constante intercambio con él. Esta coincidencia entre el *Poema del Cid* y el *Digenes Akrites* se hace más notable por el hecho de que el héroe bizantino, al igual que el campeón hispánico, cuenta en la literatura no sólo con una épica sino también con un ciclo de canciones que quizá nos evoquen el recuerdo del romancero español. En tal sentido, los bizantinistas que han estudiado el asunto señalaron la peculiaridad de que la épica